

LOS RECITADORES DE LA LEY
A propósito del silencio de la Bibliotecología frente a
las *Normas para el parque humano* de Peter Sloterdijk

[THE SAYERS OF THE LAW
ON THE SILENCE OF LIBRARY SCIENCE IN FRONT
OF PETER SLOTERDIJK'S *RULES FOR THE HUMAN ZOO*]

CAMILO FRANCO

Resumen: El presente artículo cuestiona el silencio que la comunidad bibliotecológica mundial mantiene frente a la polémica y notoria ponencia «Regeln für den Menschenpark» presentada por el filósofo alemán Peter Sloterdijk en 1999, incluso a más de una década de su publicación y a pesar de la enorme relevancia que la misma tiene para dicha comunidad. Se sugiere también que este silencio se vincula con diversas cuestiones que van desde la adicción de la Bibliotecología y la Historia de la Lectura a los fundamentos del humanismo —a los que el texto de Sloterdijk hiere fatalmente— hasta la necesidad de adoptar el discurso cada vez más post-humanista del poder por razones que hacen a la supervivencia profesional, tanto comunitaria como individual.

Palabras clave: Bibliotecología; Historia de la Lectura; Sloterdijk, Peter; humanismo; lectura; Manguel, Alberto; Petrucci, Armando; post-humanismo; automatización; Ciencia de la Información; sociedad de la información; medios de comunicación de masas.

Abstract: This article brings into question the silence kept by the world Library Science community in front of the controversial and notorious speech «Regeln für den Menschenpark» delivered by German philosopher Peter Sloterdijk in 1999, even after more than a decade has passed from its publication and in spite of the enormous relevance it entails for that community. It is also suggested that this silence is linked with various issues ranging from the addiction that both Library Science and the History of Reading have to the fundamentals of Humanism —which Sloterdijk's text fatally wounds— to the need of adopting the increasingly posthumanist discourse of power for reasons of professional survival in the communitarian as well as in the individual level.

Keywords: Library Science; History of Reading; Sloterdijk, Peter; Humanism; Reading; Manguel, Alberto; Petrucci, Armando; Posthumanism; Automation; Information Science; Information Society; Mass Media.



Artículo publicado bajo Licencia Creative Commons – CC by-nc-nd 4.0

If it is an offense against our self-pride to be compared to an ape, we have now got pretty well over it; and it is an even greater offense to be compared to a machine.
Norbert Wiener, *God and Golem, Inc.* (1964)

1

Hay textos que, tanto por lo que dicen como por la manera en que lo dicen, adquieren desde un comienzo la cualidad que Nietzsche (1996 [1881]) atribuía a las que, según él, son las únicas verdades valederas, a saber: la capacidad de *clavarse en la carne como cuchillos*.

Como ejemplo de esta cualidad lacerante que un autor imprime a veces en sus obras, bastaría con traer a cuento aquí la recepción que una obra del propio Nietzsche, la *Genealogía de la moral*, tuvo por parte de León Chestov cuando éste tenía veintiocho años y aún no había escrito nada, a excepción de una tesis de doctorado en Derecho sobre la cruel explotación de la clase obrera en la Rusia de finales del siglo XIX. Chestov evoca aquella experiencia en los siguientes términos: «[...] Comencé la lectura [...] a las ocho de la noche [...] La terminé sólo a las dos de la mañana. Esa lectura me conmovió, me agitó, no podía dormir, buscaba razones para poder oponerme a ese pensamiento espantoso, cruel... Estaba fuera de mí... El problema moral no le oponía resistencia a Nietzsche. ...» (Herman Lowtzky; citado en Rostenne, 1968: 38)

Esta última frase de Chestov no sólo constituye la clave para comprender qué fue lo que tanto lo impresionó de aquella obra de Nietzsche, sino que permite también asomarse al momento mismo en el que Chestov nació como pensador, esto es, al momento en el que comenzó a mirarlo todo *con sus propios ojos*. Podría decirse, en efecto, que fue aquella mirada genealógica que Nietzsche aplicó a la moral la que señaló a Chestov el camino que él mismo habría de recorrer en el terreno del pensamiento. De ahí que toda la obra de Chestov haya sido, finalmente, una suerte de genealogía del determinismo que, en todas sus formas, acompaña desde sus mismos comienzos al pensamiento universal. Fue así, entonces, como en un determinado momento de su vida de pensador, Chestov cambió de ánimo y de parecer. Ya no sería la *Genealogía de la moral* la que representaba para él un «pensamiento espantoso, cruel», sino más bien una serie de postulados de la filosofía universal cuya cima acaso se encuentre representada por aquella frase en la *Metafísica* de Aristóteles que tantas veces citaría el pensador ruso en sus escritos: ἡ ἀνάγκη ἀμετάπειστόν τι εἶναι («la necesidad no se deja persuadir»). Fue, en definitiva, asimilando aquella mirada genealógica provista por Nietzsche y aplicándola a una fuerza mucho más antigua y más vasta —y algo que aquí resulta decisivo: a una fuerza *modeladora de la moral misma*— como Chestov llegó a sobreponerse a la tremenda impresión que le causara la *Genealogía de la moral* y a adquirir un ímpetu casi titánico del pensamiento que con justicia le granjearía, por parte de un periodista y ensayista norteamericano, el mote de «Samson in the temple of Fatality».

Ahora bien, según parece, caminos como el emprendido por Chestov luego de su lectura de Nietzsche parecen estar reservados para unos pocos individuos y vedados para el resto. Este último caso se cumpliría especialmente cuando los individuos se en-

contrasen agrupados en torno a una profesión o disciplina que evitase a cualquier precio todo conflicto en nombre de una voluntad de *neutralidad*. En un caso semejante, cualquier texto que implicase, siquiera tangencialmente, una genealogía de la profesión o disciplina en cuestión tendería a ser considerado según las conclusiones generales del mismo. Si tales conclusiones son honrosas y alentadoras, se puede estar seguro de que el mencionado texto será reseñado y citado en un número importante de artículos de publicaciones periódicas especializadas. ¿Pero qué sucedería si las conclusiones de una tal genealogía no fuesen de un tono general halagüeño sino que, por el contrario, resultasen bastante deshonorosas respecto del pasado y harto problemáticas en lo que hace al porvenir de aquella profesión o disciplina? Más aún: ¿qué ocurriría si dicho texto se encargase de desmontar no solamente ciertos valores fundamentales de ésta, sino que avanzase incluso sobre los valores de las mismas instituciones a las que ella ha servido siempre?

Esta última pregunta resultará tanto más pertinente cuanto mayor sea el grado de dependencia de una comunidad profesional o académica respecto de una o de más instituciones, especialmente si en éste último caso se está ante lo que podría llamarse una cadena institucional. En efecto, como es bien sabido, este tipo de dependencia suele traducirse en una *necesidad impersuasible* de justificación casi permanente frente a la institución que se encuentra en el eslabón inmediatamente superior de dicha cadena, la cual hará lo propio con la que se encuentra por encima de ella, y así hasta alcanzar la cima de autoridad. Y como sería cuando menos iluso creer que una comunidad tal lograría justificarse frente a la cadena institucional que la contiene poniendo en entredicho no sólo los propios mitos fundacionales sino, incluso, los mitos fundacionales de ésta última, se sigue muy naturalmente de ello que un texto que pusiese en la picota tales mitos se hallaría con toda probabilidad condenado al ostracismo, o bien —ya que para ser desterrado es preciso primeramente ser reconocido como parte de la comunidad que condena al destierro— sería directamente impedido de ingresar jamás en el seno de la misma... Quien no comprendiese esto último, ¿no estaría, de hecho, totalmente imposibilitado para entender en qué consiste exactamente el concepto de “corrección política”?

Desde luego, en el presente existe una tendencia —identificada, también ella, con lo *politically correct*— por la cual todo tipo de asedio efectuado en el marco de una relación laboral de dependencia parece hallarse ya clasificado en términos más o menos precisos (*bullying*, *mobbing*, etc.). Sin embargo, no existe —ni, con toda probabilidad, podría existir— una clasificación que de cuenta en forma precisa de los *auténticos* motivos que podría tener una comunidad profesional o académica determinada para enmudecer por completo acerca de un texto que trazase, aunque sólo fuese tangencialmente, una genealogía de la misma. Según parece, al intentar una clasificación semejante, ni siquiera el propio Foucault (2004 [1970]) pudo ser todo lo claro que acaso habría querido ser. De hecho, llegado el caso, frente a tales constricciones institucionales nada parece importar, ni siquiera el riesgo de que la persistencia en el silencio de la comunidad en cuestión —sostenido no menos *intra* que *extra muros*— llegase a converger en una percepción cada vez más monolítica que con el tiempo, más tarde o más temprano, la sumiría de seguro en un colapso cognitivo (Parunak et al., 2009) de alcances tan insondables como imprevisibles...

En referencia al ámbito de la Bibliotecología y de sus disciplinas afines, posiblemente no haya en la actualidad un texto que represente tan cabalmente a aquellas verdades que —a manera de cuchillos— se clavan en la carne como la ponencia que en julio de 1999, en el marco de unas Jornadas sobre Heidegger y Lévinas, presentara el profesor y filósofo alemán Peter Sloterdijk bajo el provocativo título «Regeln für den Menschenpark»¹ y que poco después fuera publicada en español como *Normas para el parque humano* (2000)². En efecto, aunque en forma tangencial, dicho texto realiza una suerte de genealogía de la *weltanschauung* —tanto en el sentido de “concepción del mundo” como de “ideología”³— que ha sido, *de facto*, el motor de las instituciones occidentales en general desde hace poco más de dos siglos y de la institución bibliotecaria en particular desde el siglo I a. C., tiempo en el que en Roma surgieron las primeras bibliotecas humanistas privadas y públicas.

Y, en efecto, el humanismo —que de éste se trata— se halla tan íntimamente ligado a la concepción de la *lectura como mejoradora de los hombres* que podría pasar, sin más, como la ideología *ab initio* de la profesión bibliotecaria en cuanto tal. ¿Qué quedaría, en tal sentido, de los fundamentos éticos de la profesión bibliotecaria y de la Bibliotecología si se echase por tierra dicho principio humanista? Ahora bien, es precisamente esto lo que hace Sloterdijk en *Normas para el parque humano*. En un estilo que evoca nada casualmente al de Nietzsche, Sloterdijk introduce la cuestión al decir: «La domesticación del hombre es el gran tema olvidado ante el cual el humanismo, desde la Antigüedad hasta el presente, ha querido volver los ojos: basta darse cuenta de esto para hundirnos en aguas profundas. [...]» (Sloterdijk, 2000: 68)

Podría decirse que lo sorpresivo de este no-querer-mirar-de-frente, por parte del humanismo en sus diferentes manifestaciones históricas, al tema de la domesticación del hombre consiste en que, precisamente, éste mismo humanismo se habría valido desde siempre de la lectura como medio domesticador del *animal rationale* llamado “hombre”, lo cual Sloterdijk manifiesta en los siguientes términos: «[...] El tema latente del humanismo es [...] la domesticación del hombre; su tesis latente: una lectura adecuada amansa.» (*ibid.*: 32) Y en la medida en que el concepto del hombre como animal racional —concepto que, al igual que el ya mencionado de *necesidad*, resulta ser otro de los legados de Aristóteles al pensamiento occidental— es innegablemente humanista, el autor en cuestión señala lo que considera ser, en el mejor de los casos, una inconsecuencia del pensamiento o un olvido “piadoso” y, en el peor, un signo patético de hipocresía. En

¹ El subtítulo de la ponencia precisa muy bien su contexto: «Ein Antwortschreiben zu Heideggers *Brief über den Humanismus*» (Una respuesta a la *Carta sobre el Humanismo* de Heidegger), De hecho, aunque no será tratada aquí especialmente, la recurrencia a algunos conceptos propios de la filosofía de Heidegger por parte de Sloterdijk impregna gran parte de la ponencia en cuestión.

² Esta pronta publicación del texto en su versión española ha respondido, sin duda, a la inusitada polémica que su exposición generó en septiembre de 1999 en los medios de comunicación alemanes. Sloterdijk siempre ha sostenido que el escándalo mediático fue iniciado desde las sombras nada menos que por Jürgen Habermas; de allí que *Die Zeit* le publicara, reconociendo su derecho a réplica, una carta abierta dirigida en parte a éste último y que lleva el explosivo título «Die Kritische Theorie ist tot». Tanto una traducción española de dicha carta como de otros textos que configuraron el llamado «affaire Sloterdijk» fueron oportunamente publicadas en la *Revista de Occidente* (no. 228, mayo de 2000).

³ Aunque acaso habría que hablar aquí más bien de *meta-concepción del mundo* y de *meta-ideología*.

realidad, para Sloterdijk la balanza se inclinaría más bien hacia el lado de esto último; ello se hace evidente cuando, con una mordacidad implacable, comenta las «pequeñas reanimaciones posteriores [a la Segunda Guerra Mundial] del humanismo» en los siguientes términos: «[...] Si el trasfondo no fuera tan tenebroso, habría que hablar de una especie de apuesta por ver quién se emociona más. [...]» (*ibid.*: 30)

Un ejemplo acaso inmejorable de cómo la grandilocuencia humanista del tipo liberal que se recorta sobre un fondo tenebroso puede llegar a dar la impresión de que se está ante algo similar a una “feria de la emoción”, lo proporcionan las siguientes líneas que Alberto Manguel escribiera en el prólogo a la segunda versión española de su muy celebrado best seller *Una historia de la lectura*: «[...] La verdad es que nuestro poder, como lectores, es universal, y es universalmente temido, porque se sabe que la lectura puede, *en el mejor de los casos*⁴, convertir a dóciles ciudadanos en seres racionales, capaces de oponerse a la injusticia, a la miseria, al abuso de quiénes nos gobiernan. [...]» (Manguel, 2005: 11)

Según estas grandilocuentes palabras, para Manguel la lectura reviste a quienes la practican de un poder casi sobrenatural que, por ende, no podría menos que ser «universalmente temido». Ahora bien, lo que dice, ¿se sustenta siquiera mínimamente en la realidad? Es cierto que él habla de «el mejor de los casos»; pero, al mismo tiempo, nada agrega en torno a esta cuestión. No obstante ello, en una entrevista que se le realizara unos tres años antes de estas palabras suyas, Manguel dejó en claro —bien que luego de que su entrevistador lo pusiera en un aprieto, señalando la colaboración de Borges con la última dictadura argentina como contraejemplo del efecto mejorador de la lectura sobre los hombres, noción pregonada por Manguel— que para él el poder de la lectura sólo puede desatarse en virtud de algo tan raro como un «estado de gracia» y que, en definitiva, todo lo que se puede decir es que «[...] algunos lectores, a veces, se iluminan con una lectura.»⁵ (Manguel, 2002).

¿Qué es lo que vendría a ilustrar la conjunción de estos dos momentos de Manguel si no el hecho de que, a menos que el “trasfondo tenebroso” invada con mayor o con menor contundencia el círculo del eternamente laudatorio discurso humanista acerca de la lectura, éste llevará las cosas a tales extremos de *inautenticidad* que terminará por justificar plenamente la imagen sloterdijkiana de la «apuesta por ver quién se emociona más»? Es precisamente por ello que se ha aludido aquí a la metáfora nietzscheana que equipara a las verdades *auténticas* con cuchillos que se clavan en la carne, pues sólo éstas son capaces de arrancar del sopor que tan a menudo envuelve a los hombres sin que éstos lleguen siquiera a notarlo...

Por lo demás, no es necesario aclarar aquí que Manguel acierta por completo al vincular, en el pasaje citado de *Una historia de la lectura*, a la lectura con el poder. Sin embargo, acaso arrastrado por la “emoción” que le suscita el fenómeno de la lectura, comete algunos errores de apreciación graves. El más evidente de dichos errores es la oposición que establece entre la docilidad y la racionalidad, como si entre ambas no hubiese, de hecho, lazos tan íntimos como inextricables, como si no hubiese sido siempre la racionalidad la que ha conducido a la obediencia en el seno de la sociedad civil del liberalismo democrático. En efecto, en términos generales, son más bien los que han leído a Hobbes, a Locke, a Rousseau y a muchos otros quienes se encuentran más civilizados y

⁴ El énfasis es añadido.

⁵ El énfasis es añadido.

le evitan al Estado el tener que hacer efectivo su monopolio de la violencia contra ellos. Al mismo tiempo —y esto, como se verá luego, entronca con uno de los postulados de Sloterdijk en *Normas para el parque humano*— la docilidad política propia de las clases cultas de Occidente de finales del siglo XX y de comienzos del XXI, fundada ciertamente en una tradición lectora, es en gran medida solidaria de los más brutales e irracionales fenómenos. Finalmente, da la sensación de que Manguel ha pasado totalmente por alto el hecho de que, contrariamente a lo que suele creerse —y los intelectuales, los primeros—, la lectura y el tipo de racionalidad que ésta aporta a las personas no sólo no inmunizan contra los diversos métodos de propaganda de los que se valen los centros de poder sino que, de hecho, son la mismísima condición de posibilidad de que tales métodos de propaganda resulten efectivos (cf. Ellul, 1973 [1962]).

3

Así las cosas, resultaría muy difícil continuar aplazando aquí la formulación de algunos interrogantes ineludibles. Cabría preguntar, en efecto, qué cosa pudo llevar a este enigmático, incomprensible silencio que los teóricos de la Bibliotecología y de la Historia de la Lectura —ya sea que se entienda a ésta como una disciplina auxiliar de la Historia del Libro y de las Bibliotecas o bien, como augurara en una ocasión Roger Chartier, como su futura sucesora (Parada, 2010)— vienen sosteniendo con obstinación frente a las *Normas para el parque humano* de Sloterdijk, a más de una década de su publicación. ¿Será acaso que se encuentran demasiado atareados intentando obtener de una buena vez un pleno reconocimiento dentro de la comunidad científica y que, inmersos en esa situación, consideran como irrelevante la discusión de un texto proveniente del campo de la filosofía? ¿O se tratará más bien de una situación de perplejidad en la que dichas disciplinas se hallarían sumidas ante el surgimiento y el avance imparable de la Ciencia de la Información y de las cada vez más novedosas tecnologías de la información y de las telecomunicaciones? ¿O será que responden a aquellos *tabúes* que entreviera Foucault como procedimientos de exclusión discursivos, los cuales serían, en el caso presente, procedimientos de auto-exclusión inmersos en un entramado de temores tanto espirituales como materiales o, si así se prefiere, de consideraciones tanto teóricas como prácticas, incluida entre éstas últimas la cuestión de la supervivencia en un entorno laboral y académico, esto es, en última instancia, en un entorno *político*? ¿O responderá más bien a aquella candidez impostada que Sloterdijk descubre en el humanismo librario, la cual llevaría a éste a cerrar los ojos frente a la que, según el mencionado autor, habría sido su principal tarea respecto del común de los hombres durante al menos dos siglos, esto es, desde finales del siglo XVIII?

No habría que descartar la posibilidad de que el silencio creado en torno a las *Normas para el parque humano* entre los bibliotecólogos y los historiadores de la cultura escrita y de la lectura responda a todos los motivos arriba enumerados y aún a algunos otros de más dificultosa formulación. Con todo, se diría que la raíz común a todos ellos es una noción —podría decirse, incluso, una *sensación*— generalizada y apenas disimulada de determinismo a la que, por otra parte, el propio Sloterdijk ha puesto en palabras al señalar, en su recurrente estilo paradójico, que «vivimos en la eterna víspera de lo que ya ha sucedido» (Peter Sloterdijk; citado en García Calvo, 2005: 8). Igualmente

paradojal y portadora de un sentido afín a estas palabras de Sloterdijk es aquella frase que Mattelart (2002: 164) vio como una suerte de lema de la así llamada *sociedad de la información*: «No se rehace el provenir»...

De todo lo dicho por Sloterdijk, ¿qué es, en definitiva, aquello que podría haber causado este manifiesto mutismo entre los teóricos de las disciplinas arriba mencionadas? Teresa Rocha Barco, traductora y prologuista de la primera edición española de las *Normas para el parque humano*, resume de manera brillante los postulados que Sloterdijk formula en dicho texto. Debido a ello y a la más bien acotada extensión que exige el presente artículo, será hartamente provechoso citarla aquí *in extenso*, pues luego de ello se estaría en mejores condiciones de abordar algunas cuestiones planteadas por el filósofo alemán que atraviesan por entero tanto a la Bibliotecología como a la Historia de la Lectura. Según Rocha Barco,

[...] Sloterdijk sostiene [...] que el “amansamiento” humanístico del hombre mediante la lectura obligada de unos textos canónicos ha fracasado ante la sociedad de la información y ante el cotidiano embrutecimiento de las masas con los nuevos medios de desinhibición; que el humanismo como ilusión de organizar las macroestructuras políticas y económicas según el modelo amable de las sociedades literarias ha demostrado su impotencia y se ha revelado, además, como una técnica para alcanzar el poder; [...] que ya no bastan las dobles valoraciones ni las distinciones entre sujeto y objeto o entre señores y esclavos, puesto que el predominante factor de la información las ha disuelto; que con el desciframiento del genoma humano y lo que supone de intrusión de lo mecánico en lo subjetivo, se ha superado la idea del sometimiento de la naturaleza por parte del hombre y su técnica, y hay que hablar más bien de eugenesia y de “antropotécnicas”⁶ [...]; y que ante la urgencia de tomar decisiones respecto a las cuestiones que estos hechos plantean al género humano, no basta ya con una moralizante “candidez” humanista [...] (Rocha Barco, 2000: 11, 12)

Acaso porque su defensa lo habría tornado un tanto impopular a los ojos de muchos de sus lectores —y a pesar de ser un claro ejemplar de humanista— Alberto Manguel no ha tenido problema alguno a la hora de “sacrificar” la noción de canon oficial de lectura (cf. Manguel, 2002). Pero, como ya se ha visto, Manguel es una suerte de *égotiste* que no se dedica tanto a historiar la lectura como a trazar diversas apologías de la misma, entroncándolas con sus propias experiencias como lector.

En oposición a la actitud poco académica de Manguel, cuando se lee un trabajo seminal dentro de la incipiente Historia de la Lectura como es el artículo «Leer por leer: un porvenir para la lectura», del académico Armando Petrucci (2011 [1997]) —artículo

⁶ La cuestión de las “antropotécnicas” en base a una manipulación genética fue desarrollada más extensa y más claramente por Sloterdijk en una conferencia que dictara con posterioridad en el Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard, EE. UU., bajo el título «Der Operable Mensch. Anmerkungen zur Ethischen Situation der Gen-Technologie» [Hay disponible una traducción al español: «El hombre operable. Notas sobre el estado ético de la tecnología génica». *Artefacto*, no. 4, 2001, 14 p. (en línea) <http://www.revista-artefacto.com.ar/pdf_notas/91.pdf> (Consulta: 17 agosto 2011)].

que clausura al ya clásico volumen colectivo dirigido por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier *Historia de la lectura en el mundo occidental*—, resulta imposible pasar por alto, ya desde su mismo título, un tono general de desagrado frente a los fenómenos de lectura de masas que, ya hacia finales de la década de 1980, se desarrollaban por cauces alejados por completo de dicha noción de canon. En éste último sentido, se podría leer el párrafo de apertura de «Leer por leer...» como una suerte de lucha tan desesperada como vana por evitar la tautología y aún la perogrullada como formas de acallar el evidente malestar que a su autor le causa la situación terminal de la lectura *more humanistico* en un mundo en el que, paradójicamente, el alfabetismo se encuentra propagado como nunca antes en la historia de la humanidad. Entre otras cosas, dice allí Petrucci: «[...] Hasta que dure la actividad de producir textos a través de la escritura (en cualquiera de sus formas), seguirá existiendo la actividad de leerlos, al menos en alguna proporción (sea máxima o mínima) de la población mundial.» (*ibid.*: 425)

Una frase semejante, ubicada en el comienzo mismo de un artículo al que tan ansiosamente se acude para tener una palabra acerca del futuro de la lectura como sólo podría brindarla un estudioso de la cultura escrita de la talla de Petrucci, no deja de producir una cierta frustración. Si se permitiese aquí un breve excursus literario, podría decirse que estas palabras del brillante paleógrafo y crítico italiano recuerdan irresistiblemente a aquellas otras con las que Hamlet se propone ocultar a sus camaradas algo terrible que el espectro de su padre asesinado le acababa de revelar: «No hay en Dinamarca un villano... que no sea un redomado bribón»; a lo cual, con toda razón, le replica Horacio: «No era necesario, mi señor, que venga un espíritu de la tumba para decirnos esto» (*Hamlet*, acto I, esc. 5, vs. 123-26).

Ahora bien, cuando un intelecto como el de Petrucci decide poner por escrito y en letras de molde una perogrullada semejante, se puede estar seguro de que ésta es el signo negativo de algo que no se puede expresar, ya fuere por tratarse de algo inefable, de algo inconveniente o de ambas cosas. Con todo, no sería de extrañar si en el fondo del malestar de Petrucci se hallasen rastros de un tipo de determinismo como aquel que, según descubre un autor en el propio Sloterdijk, lleva a considerar que «[...] la política y la ética, que desde muy antiguo se definieron por radicar en el ámbito de lo contingente, de lo que puede ser de un modo o de otro, de lo que puede ser elegido, queda en el contexto actual reemplazada [sic] por la fuerza del destino y una supuesta evolución.» (Rin- gelheim, 2008: 2)

4

Esta rendición absoluta de la ética y la política a la esfera del destino y la evolución —esto es, en última instancia, a la impersuasible *ἀνάγκη* aristotélica que campea sobre la mente de los hombres y que desde siempre viene moldeando sus conciencias—, ¿no sería finalmente la propiciadora de aquello que Foucault (2006) ha denominado la *biopolítica*, la cual tendría como objeto de su praxis a una masa humana a la que los centros del poder global consideran cada vez con menor disimulo desde la perspectiva de la *nuda vida* abordada por Giorgio Agamben (1998) o, si se prefiere, desde una perspectiva integralmente animalizadora del hombre (cf. Carrión Castro, 2006)?

Este último hecho habría bastado por sí solo para que Sloterdijk se atreva a exponer las cuestiones que aborda en *Normas para el parque humano* en el lenguaje en el que lo hizo, incluso sin necesidad alguna de recurrir al *Político* de Platón o al *Zaratus-tra* de Nietzsche. Más aún: si Sloterdijk no hubiese optado por referirse a la población mundial en los términos de un gran parque zoológico humano, no habría logrado jamás dirigir las miradas hacia las formas en las que el poder emanado de los presupuestos humanísticos liberales que han regido al mundo durante los últimos doscientos años se encuentra hoy en pleno “traspaso de posta” al tipo de poder que viene, el cual, en base a presupuestos claramente post-humanísticos —y, por ello mismo, post-liberales y post-democráticos—, se propone reorganizar el mundo dando «[...] discretamente a entender que él, que actúa con conocimiento de causa, está más cerca de los dioses que los confundidos seres vivos a su cargo.» (Sloterdijk, 2000: 76, 77)

Un ejemplo que ilustra perfectamente lo oportuno de la perspectiva sloterdijkiana en torno a esta «[...] actual desigualdad de los hombres frente al saber que da poder [...]» (*ibid.*: 77) —una desigualdad que crece día a día—, lo constituye el informe que el semiólogo y lingüista Thomas Sebeok (1984) elaborara a comienzos de la década de 1980 en relación con una solicitud que le hiciera la Oficina de Aislamiento de Residuos Nucleares norteamericana, la cual deseaba conocer la manera más segura de advertir a las generaciones futuras acerca de la peligrosidad de acercarse a los depósitos en los que planeaba ubicar peligroso material radiactivo, cuyo poder de daño duraría al menos diez mil años. El informe de Sebeok en cuestión —titulado precisamente «Communication Measures to Bridge Ten Millennia»— explora todas las posibilidades atinentes a sistemas semióticos y concluye en que ninguno de estos cumpliría con los requerimientos del caso. ¿Cuál fue, pues, su conclusión? Hela aquí en palabras de Umberto Eco, quien mantuviera con Sebeok una relación de colegas y con quien compartiría tareas de editor:

La *única solución* sería *instituir una especie de casta sacerdotal*, formada por científicos nucleares, antropólogos, lingüistas y psicólogos, que se perpetuara a través de los siglos por cooptación y mantuviera viva la conciencia del peligro, *creando mitos, leyendas y supersticiones*. Con el tiempo, éstos se verían obligados a transmitir algo cuyo conocimiento exacto habrían perdido, de modo que en el futuro, incluso en una sociedad humana que hubiera regresado al estado de barbarie, pudieran sobrevivir oscuramente *tabúes imprecisos, pero eficaces*.⁷ (Umberto Eco; citado en Levis, 2009: 214)

Este «sacerdocio atómico» («*atomic priesthood*», que así es como llama Sebeok a la casta sacerdotal cuya conformación recomienda al gobierno norteamericano) estaría a cargo de garantizar que las generaciones futuras no desobedezcan los mandatos impartidos desde el pasado «[...] if not for legal reasons, then for moral reasons, with perhaps the veiled threat that to ignore the mandate would be tantamount to inviting some sort of supernatural retribution.» (Sebeok, 1984: 27)

Sería un craso error considerar al “informe Sebeok” como la mera especulación de un semiólogo que no tendría ninguna aplicación práctica, ni aún dentro de diez mil

⁷ El énfasis es añadido.

años. Es aquí, sobre todo, donde se debe apartar bien lejos aquella tendencia humanista a mirar hacia otro lado denunciada por Sloterdijk. En efecto, si el solo hecho de elaborar un informe con semejantes prescripciones resulta ya de suyo una íntima perfidia, el ponerlo en manos del mismísimo Estado que unas pocas décadas atrás se había atrevido a bombardear Hiroshima y Nagasaki, ¿no implicaría ya una suerte de complicidad latente con aquel crimen horrendo? Así, la existencia misma de un documento como el “informe Sebeok” vendría a ser la constatación más flagrante de cuál es la auténtica mirada que, desde el final de la Segunda Guerra, el poder hegemónico oculta detrás de su permanente promoción de los así llamados *Human Rights* (cf. Carrión Castro, 2006)...

Por otra parte, tampoco es casual que el “informe Sebeok” haya sido elaborado en tiempos en los que el poder ya había comenzado a poner en circulación un término como el de *sociedad de la información*. En efecto, en términos estructurales, se ha definido a la misma como un entorno compuesto por «[...] individuos [que] para existir deben ser receptores, transmisores, consumidores [de un tipo de información], y [por] una elite [integrada por los] creadores de ese tipo de información. [...]» (Rendón Rojas, 2001: 16). ¿Se ve aquí cómo la propuesta de Sebeok encaja a la perfección dentro de esta definición desde un «enfoque histórico» (*ibid.*) —o mejor *post-histórico*— de la sociedad de la información brindada desde la Bibliotecología?

En el contexto de esta misma sociedad de la información —identificada por Sloterdijk con la cultura de masas que se ha ido configurando en base al surgimiento de la radio, de la televisión y, últimamente, de las redes informáticas globales (Sloterdijk, 2000: 28)—, ninguna apología de la lectura al estilo de las obras de Manguel podrían revertir las reservas que Armando Petrucci (2011 [1997]) guardaba respecto del fenómeno de lectura de masas que se ha ido conformando a nivel mundial durante buena parte del siglo XX y que, en tanto que «destinado a afirmarse» (*ibid.*: 451), continuará su *necesario* derrotero durante el siglo XXI. Es precisamente por ello que Petrucci parece haber concluido su artículo «Leer por leer...» con un tono tan ajeno al que los historiadores del ámbito académico suelen manejar como delator de su propia desazón frente a dicho fenómeno, del cual termina diciendo: «[...] Sólo dentro de cincuenta o cien años podremos saber a dónde nos ha conducido y *si lo deseamos, emitiremos una opinión*.⁸ [...]» (*ibid.*)

Como el humanista a ultranza que es, Petrucci ha manifestado sin disimulo todo su desprecio por la masiva lectura de obras de ciencia ficción que durante el siglo pasado se ha dado en los Estados Unidos —aunque dicha lectura es, en verdad, extensiva a todo el mundo occidental—, calificando a ésta de «basura» (*ibid.*: 441). Petrucci parece no haber comprendido que dicho género constituye la auténtica fábrica de las metáforas que han moldeado el caótico período de formación de las prácticas lectoras que él tanto detesta y que, por lo tanto, se trata de un estadio del «proceso histórico» de la lectura que se revela como un objeto de estudio de primerísima mano para abordar «un análisis del poder político» (Parada, 2006: 94). Para decirlo en los términos con los que Robert Pattison ha definido la progresiva y profunda escisión de la sociedad norteamericana en torno a la lectura, citados por el propio Petrucci: «Tenemos [...] una *literacy* del poder y de los negocios y otra *literacy*, aún en formación, de la energía popular [...]» (citado en Petrucci, 2011 [1997]: 434)

⁸ El énfasis es añadido.

Puede que de haber abordado a la ciencia ficción desde dicha perspectiva —esto es, como una de las herramientas de las que se vale el «poder oculto tras el poder» (Slooterdijk, 2000: 68) para remodelar esta energía popular en pos de unas formas *nearer to the heart's desire*—, Petrucci acaso habría comprendido la enorme dimensión simbólica que posee el hecho de que Julian Huxley, quien fuera el primer director general de la Unesco y el inspirador de las políticas de alfabetización mundial de dicha organización (cf. Huxley, 1946), haya sido, al mismo tiempo y entre otras cosas, un biólogo y un eugenicista empedernido, nieto de Thomas Huxley (el célebre *Darwin's bulldog*), hermano de Aldous Huxley (autor de la novela de ciencia ficción distópica *Un mundo feliz*, de 1932) y una suerte de informal *scientific advisor* en el set de filmación de la película hollywoodense *The Island of Lost Souls* (1932) (Kirby, 2007: 88), primera versión cinematográfica de *La isla del Dr. Moreau*, la célebre novela de H. G. Wells, quien por su parte fuera, además de discípulo de Thomas Huxley, amigo de Julian y coautor suyo y de su propio hijo Gyp de obras de divulgación biologicista...

5

En uno de sus breves ensayos de *Otras inquisiciones*, Borges —quien, por su parte, gustaba mucho de la ciencia ficción y llegó a acusar, de hecho, bastantes influencias de algunos de sus autores (Abraham, 2005)— afirma que *La isla del Dr. Moreau*, junto con las otras primeras novelas de H. G. Wells, no es sólo ingeniosa en cuanto al asunto del que trata, sino que es también simbólica «[...] de procesos que de algún modo son inherentes a todos los destinos humanos.⁹ [...]» (Borges, 1988 [1952]: 137) Acaso hoy más que nunca, este más que atendible juicio de Borges debería ser entendido en el contexto de la obra política de Wells —gran parte de la cual permanece sin traducción al español—, cuyo legado es el «[...] proyecto de una sociedad gobernada por una élite tecno-científica en la cual *el fin justifica los medios* [...]» (Jiménez Cruz y Vidales Delgado, 2011: 12), proyecto que en Wells habría estado inspirado «[...] en la llamada, por Marvin Harris, *ciencia lúgubre*, es decir, el Maltusianismo, el evolucionismo de Charles Darwin, y la eugenesia de Galtón [sic] y sus epígonos [...]» (*ibid.*)¹⁰

La idea de que las ficciones literarias pueden echar luz sobre cuestiones estricta y acuciantemente vinculadas con la realidad no es nueva en lo absoluto. Sin embargo, entre quienes aspiran a que la disciplina por ellos profesada obtenga un reconocimiento pleno de su carácter científico —algo que, por lo demás, suele darse, comprensiblemente, en el ámbito de las ciencias sociales— acaso rechazarían como improcedente a este tipo de afirmaciones como la que Borges realizara a propósito de los primeros relatos de Wells. Ahora bien, dicha actitud no concuerda con los caminos que muchas veces siguen hoy las mismas ciencias duras, a las cuales muchos científicos sociales continúan observando como el modelo perfecto de ciencia. En efecto, tal como lo reflejan algunos traba-

⁹ El énfasis es añadido.

¹⁰ En vistas de estos antecedentes, de todos los aportes de la pluma de H. G. Wells a la política mundial, ninguno resultará más sospechoso que la llamada “Declaración Sankey” sobre los derechos del hombre, la cual se constituiría en el auténtico modelo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas (cf. entre otros W. Warren Wagar, *H. G. Wells: Traversing Time*. Middletown, Conn.: Wesleyan University Press, 2004, p. 255 y ss.)

jos (cf. Kirby, 2002, 2003a y 2003b) las ciencias duras se valen hoy, en una medida considerable, de las películas populares, tanto para lograr la validación de sus hipótesis por parte de sus colegas como para *propiciar la aceptación social de las mismas*. Por otra parte, Neil Postman (1984) ha dicho ya con suficiente claridad que quienes se dedican a las ciencias sociales deberían renunciar a la pugna por lograr una validación científica de sus respectivas disciplinas y, en cambio, dedicar sus investigaciones a redescubrir las verdades de la vida social y a proponer metáforas, imágenes e ideas (*ibid.*: 32) que contribuyan a una mejor comprensión general de las cosas. Finalmente, no hace mucho tiempo, se ha dicho en un editorial puntualmente dedicado a los temores que asedian hoy a la Bibliotecología que «[...] los tópicos literarios [...] son como una especie de desmesura voraz de nuestra propia existencia. [...]» (Parada, 2009: 5).

Precisamente, en relación directa con la Bibliotecología —y, en este caso, también con la Ciencia de la Información— es mucho lo que sugiere la desmesurada narrativa de Wells. Puede incluso que las metáforas, imágenes e ideas que presenta *La isla del Dr. Moreau* no sólo den cuenta de procesos muy similares a los tratados por Sloterdijk en *Normas para el parque humano* —por no mencionar las prescripciones del “informe Sebeok” al gobierno norteamericano—, sino que puedan ayudar a los profesionales de la información a entrever cuál es el lugar que ellos mismos ocupan dentro de tales procesos. Sin embargo, dichas metáforas, imágenes e ideas son tantas y tan densas que por cuestiones de espacio sólo se indagará, en base a todas ellas, una única cuestión, bien que sumamente vital tanto para los bibliotecólogos como para los científicos de la información en general y —*last but not least*— para los historiadores de la lectura. Dicha cuestión podría formularse así: ¿cuál sería la función que el poder —entendiendo aquí por “poder” el poder auténticamente soberano (Agamben, 1998), una de cuyas ramas puso a Sebeok a pensar en aquellas “soluciones” para los próximos diez mil años de la humanidad norteamericana— podría tener en reserva para la lectura de las masas en los años por venir? Y luego: ¿podría dicha función de la lectura ser portadora de un “lado oscuro” (cf. Bennett, 2008: 1-4)?

Se diría que el artículo de Petrucci antes comentado connota, desde el primero hasta el último de sus párrafos, que dicho autor ha abordado su escritura con un interrogante similar en mente. Pero se recordará también que, en este sentido, Petrucci se ha negado a emitir una opinión. Más aún: ha diferido dicha opinión en cincuenta o en cien años —esto es, hasta la década de 2040 o hasta la de 2090, tiempo en el que, sin duda, ya no estará en condiciones de opinar sobre nada—, y esto incluso reservándose el derecho de emitir una opinión sólo en el caso en el que *desea* hacerlo. Así, Petrucci ha encerrado bajo siete llaves una palabra que muchos seguramente han esperado y que algunos aún esperarían recibir de él. Al parecer, su apego a los postulados clásicos del humanismo, en conjunción con el invencible determinismo mediante el cual —y en un sentido exactamente opuesto a aquel que alguna vez les predicara San Pablo (cf. *Hechos*, cap. XVII)— los intelectuales viven, respiran y se procuran a sí mismos todas las cosas, especialmente las cosas vinculadas al conocimiento, le han quitado toda voluntad de mirar de frente a la cuestión, como si ante lo que ve del presente y, sobre todo, del futuro de la lectura sólo le restase abrazar el tópico del *memento mori*...

¿Cuál sería el tema central de *La isla del Dr. Moreau*? Si hubiese que resumirlo en una única y breve frase, se podría recurrir nuevamente a Borges, a quien la lectura de dicho relato ha dejado en la memoria la viva imagen de un «[...] conventículo de mons-

truos sentados que gangosean en su noche un credo servil [...]» (Borges, 1988 [1952]: 137). Sin embargo, al mismo tiempo, se haría muy bien en desestimar la ejemplificación mediante la cual, a renglón seguido, Borges parece remitir el alcance de aquella imagen grotesca exclusivamente a las esferas de influencia del Vaticano y de Lhasa (*ibid.*). En efecto, semejante limitación no tiene justificación alguna en la era de la información y de Internet, en la que tanto el Papa como el Dalai Lama han terminado también por someterse, ellos mismos, al credo global de Google (uno de cuyos mandamientos sería «*Don't be evil*») y por sumarse —gangoseo aparte— a las redes sociales vía Twitter¹¹.

Es en este contexto, entonces, donde resulta sumamente útil traer a cuento algunos conceptos presentes en otro ensayo de Sloterdijk, *En el mismo barco*, al cual éste ha subtítulo «Ensayo sobre la hiperpolítica». En términos del propio Sloterdijk, «[...] la hiperpolítica —sea lo que quiera que sea— es la primera política para los últimos hombres. [...]» (Sloterdijk, 2003 [1994]: 102) Estos «últimos hombres» de la era post-industrial son “últimos” en un sentido que amplía la conocida expresión nietzscheana (*ibid.*: 98): lo son porque no tienen retorno «[...] en un mundo en el que ya no se reconoce primado alguno a la reproducción. [...]» (*ibid.*: 99). De allí que «[...] el individuo individualizado hasta el extremo quiere la vivencia que se recompensa a sí misma; conduce su vida como el usuario terminal de sí mismo y de sus oportunidades.» (*ibid.*). Es por ello que, para tales individuos, «[...] el futuro apenas si puede definirse como el continuar escribiendo lo recibido. [...]» (*ibid.*: 100). Al mismo tiempo, en la sociedad post-industrial, «[...] los testamentos se transforman en un encogerse de hombros: ¿quién va a querer creerse que los que vivirán en el futuro lo tendrán mejor y lo harán mejor? En todas partes, los nombres están por convertirse en vacuidades —o en marcas registradas.» (*ibid.*: 100-1)

Ahora bien, ¿acaso este estado de cosas presente planteado por Sloterdijk tan crudamente no tiene un correlato en la formación de grupos de pertenencia, en forma muy similar a aquella en la que en sus orígenes el hombre se constituía en hordas? Este fenómeno de “agremiación” se observa hoy en todos los órdenes de la vida social, desde los clubs de *fans* de una banda de rock hasta aquellos en los que confluyen los lectores de *Harry Potter*. Y esto no es muy distinto de lo que ocurre con los fanáticos de un equipo de fútbol, con los que aún militan dentro de las agrupaciones políticas y, sobre todo, con quienes practican distintas profesiones. Tal vendría a ser, si se quiere, el sustrato del lema global y globalizante “unidad en la diversidad”, a saber: la confluencia en una única Ley global de todos los individuos que —en tanto que dicha Ley no lo prohíba expresamente— transitan por la vida casi exclusivamente en pos de su objeto de deseo, al cual tienden a identificar, debido a una suerte de proceso de ósmosis, como el objeto de deseo de su horda. Acaso sea esto una de las claves para entender lo que alguien ha llamado «el enigma de la docilidad» (García Calvo, 2005).

En virtud de esto último, se diría que en la actualidad se cumple lo que podría llamarse el acogimiento, por parte de la hiperpolítica, de la protoforma social característica de la «paleopolítica» (Sloterdijk, 2003 [1994]). He aquí lo que Sloterdijk dice respecto de dicha protoforma, fundada en la figura de la horda:

¹¹ Cf. «Updated: His Holiness The 14th Dalai Lama [Has Not] Joined Twitter [Yet]», *RedWriteWeb*, 7 de febrero de 2009. <http://www.readwriteweb.com/archives/his_holiness_the_14th_dalai_la.php> [Consulta: 5 mayo 2012]

[...] En la jungla y en la pradera, la diferencia entre ruidos grupales y ruidos del mundo fija una primera frontera entre propios y ajenos. El pequeño grupo asegura su continuidad acústica con el conversar, parlotear, cantar, tamborilear y palmear que le son propios y, con ello, se convence de que esta horda es esta horda. Cantores o recitadores experimentados, de más amplia visión, cooperan lo suyo haciendo que la sincronización psicoesférica de la horda no decaiga durante el *stress* de las crisis; y que el efecto-mundo se restablezca también tras los estropecios; los mundos son ámbitos que se regulan exitosamente a sí mismos por medio de autohipnosis colectivas; el mundo es todo aquello que “es el caso” para los insulares que van al unísono; la verdad es aquello a lo que puede hacerse referencia desde la isla; y lo que para los isleños no puede ser, jamás será. (Sloterdijk, 1994: 32)

Esta cita de *En el mismo barco* refleja a tal punto el tema de *La isla del Dr. Moreau* que, de no hallarse en el contexto en el que la coloca Sloterdijk, bien podría pasar por una suerte de comentario de dicha novela expresado en un estilo filosófico posmoderno. De hecho, se encuentran allí todos los elementos que H. G. Wells ha incluido en el capítulo de su relato que lleva por título «The sayers of the Law», en el cual el grupo de animales que Moreau ha “humanizado” mediante un proceso de vivisección se dedica a repetir, entre estertores y bamboleos, la letanía a la que todos llaman *la Ley* a instancias de uno de sus pares —llamado, precisamente, el Recitador de la Ley— y que no es más que una serie de prohibiciones grotescas que su “creador” ha entronizado en sus toscas mentes a fin de evitar que las criaturas reviertan a su estado animal:

Not to go on all-fours; *that* is the Law. Are we not Men?
Not to suck up Drink; *that* is the Law. Are we not Men?
Not to eat Fish or Flesh; *that* is the Law. Are we not Men?
Not to claw the Bark of Trees; *that* is the Law. Are we not Men?
Not to chase other Men; *that* is the Law. Are we not Men?

(Wells, 1896: 107)

Si se pasa ahora a un artículo publicado por el profesor Eloy Martos Núñez hace poco más de un lustro, se verá que, valiéndose de una más que superficial interpretación del uso irónico que Sloterdijk hace del concepto de *autohipnosis*, dicho autor sugiere con evidente beneplácito que las formas de las nuevas prácticas culturales de lectura multimediática —en especial las que se manifiestan en el fenómeno del *fandom* (Martos Núñez, 2006; cf. Capanna, 2007)— podrían tornarse, precisamente, propiciadoras de una suerte de salvación cultural para el siglo XXI.

Hay que decir ya mismo que, para bien o para mal, quienes han asumido la tarea que Petrucci ha rehusado al negarse a dar una opinión sobre las prácticas de la lectura en el porvenir parecen ser, precisamente, los académicos del estilo de Eloy Martos Núñez, quien en su artículo se propone puntualmente indagar en «[...] las nuevas prácticas culturales de lectura al abrigo de todo lo que está generando la sociedad post-industrial. [...]» (Martos Núñez, 2006: 64). El artículo en cuestión resulta interesante en diversos

aspectos, el más notorio de los cuales acaso sea su carácter de reseña más o menos completa del estado de las mencionadas prácticas de lectura al momento de ser publicado, por lo cual conserva aún una actualidad que lo hace relevante para cualquiera que desee asomarse a las mismas, siquiera como punto de partida. Sin embargo, lo que más resalta del artículo de Martos Núñez es el hecho de que ha sustentado gran parte de su tesis en base a una lectura harto superficial de Sloterdijk, al punto de que ha pasado completamente por alto el estilo cínico en el que éste suele manifestar algunas cuestiones y ha tomado algunos de sus sarcasmos al pie de la letra. De hecho, leer de esta manera a un filósofo tan influido por Nietzsche y cuyo ingreso en la arena editorial tuvo lugar con una obra de más de setecientas páginas que reivindica la manera de filosofar de Diógenes de Sínope (Sloterdijk, 2003 [1983]), sin duda tiene sus serias consecuencias.

La pobre lectura que Martos Núñez hace de Sloterdijk tiene su correlato en una serie de erratas en el aparato de referencia bibliográfico que construye a fin de sustanciar sus propios dichos. En el último párrafo de su artículo se puede incluso leer, a propósito de las prácticas de lectura que éste aborda, la siguiente frase: «Todas estas prácticas —al menos ésta es nuestra convicción— no deshumanizarán la lectura sino que, al contrario, servirán a ese nuevo Humanismo de que habla Peter Sloterdijk (2000:67) [...]» (*ibid.*: 76). Sin embargo, Sloterdijk no sólo no habla en *Normas...* —texto al que remite la referencia bibliográfica de Martos Núñez— de un “nuevo Humanismo” (y mucho menos aún, de uno que pudiera fundarse sobre las nuevas prácticas culturales de lectura), sino que, de hecho, afirma allí que el humanismo ha muerto, por así decirlo, luego de haber estado agonizante durante casi un siglo, y que, en el gusto de las masas, a la lectura humanista la han reemplazado irremediablemente, entre otras cosas, las «*Chain Saw Massacre Movies*» hollywoodenses, las cuales serían, a su vez, una versión moderna del «antiguo consumo de bestialidades» (Sloterdijk, 2000: 33-4n), de aquel tipo de emociones que los antiguos romanos se procuraban en los «teatros de la brutalidad» (*ibid.*: 34).

De la lectura del artículo de Martos Núñez se desprende claramente, entonces, que a éste lo ha impresionado especialmente el uso que Sloterdijk hace del término *autohipnosis*. Sloterdijk, en efecto, habla en una entrevista —de la cual Martos Núñez extrae la única cita directa del filósofo, pero en cuya referencia bibliográfica vuelve a errar— acerca del uso actual del término utopía y vincula a ésta con una *autohipnosis* como una función «[...] a través de la cual el individuo, y sobre todo el grupo moderno, reencuentra una motivación, una fuerza motivadora universal.» (Peter Sloterdijk; citado en Martos Núñez, 2006: 75).

Y es en esta «función autohipnótica» —la cual se desprendería de una «autohipnosis conciente» (*ibid.*)— donde Martos Núñez encuentra con *plena satisfacción* aquello que, a ojos suyos, ha de ser la función principal de la lectura de los géneros literarios que hoy reinan casi exclusivamente en el gusto de los adolescentes y de los no tan adolescentes —piénsese, por ejemplo, en sagas como las de *El Señor de los Anillos* o *Harry Potter*, y no sólo en su versión impresa tradicional, sino también en la cinematográfica y en la que existe en forma de videojuego—, a saber: la de «[...] generar (auto)ilusiones o [...] autohipnosis [...], a modo de terapia o catarsis de los conflictos e irracionalidades que vivimos.» Y todo ello, a su vez, en función de que «[...] en la práctica las revoluciones políticas están siendo sustituidas por revoluciones tecnológicas o “mentales” [en las cuales] las sagas [...] tienen su carga de profundidad.» (*ibid.*: 76)

Ahora acaso se podrá comprender mejor por qué el humanista Petrucci escribió su artículo con el desánimo con el que lo hizo y por qué no deseaba expresar su opinión acerca de su prospectiva para la lectura en el siglo XXI. Evidentemente, su razón le bastó para “saber” que lo que realmente guía y seguirá guiando los destinos de la lectura es aquella misma fatalidad que viene guiando los destinos de la humanidad desde sus inicios, fatalidad que se pone cada vez más exigente con ésta última y que, para colmo, al igual que su madre —aquella ἀνάγκη “entrevista” por Aristóteles—, tampoco se deja persuadir...

6

¿Cuál sería, entonces, el tema central de *La isla del Dr. Moreau* desde el punto de vista de la Bibliotecología en el presente? ¿No sería éste, acaso, la utilización omnimoda e indistinta que el tentacular y cada vez más centralizado poder global hace tanto de la lectura como de aquellos «nuevos medios de desinhibición» de los que habla Sloterdijk para aludir a la bestialización de las masas, cuyas capacidades lectoras y cuyas aptitudes y actitudes críticas ya han sido disueltas en buena medida por la televisión (Postman, 1987) y cuyas capacidades cognitivas sufre hoy esa suerte de reversión propiciada por la distracción que causaría el uso diario y multimediático de la Internet (Carr, 2008 y 2011)?

Siendo así las cosas, si los profesionales de la información en general y los bibliotecarios en particular desean tener una noción real de la Internet —es decir, en tanto que instrumento actualmente omnipresente para el intercambio de información—, harían muy bien en formularse una serie de interrogantes y en hacerlo, además, con toda la seriedad de la que fuesen capaces. Por ejemplo: ¿cuál es el sentido último y las implicancias del subtítulo que Norbert Wiener escogió para su obra primera, *Cybernetics* (1965 [1948]), «Control and communication in the animal and the machine»? ¿Y cuáles fueron las preocupaciones que lo llevaron a escribir su último opúsculo, *God and Golem, Inc.* (1964), poco antes de su muerte? O bien, ¿a qué se debe que el discurso sobre el desarrollo de la inteligencia global se halle impregnado de metáforas del microuniverso biológico y, muy especialmente, del mundo animal (cf. Dawkins, 2006 [1976]; Lévy, 1999 y 2001; Surowiecki, 2005)? ¿Y cómo encaja esto último con el lenguaje impudicamente lisonjero sobre las capacidades “creativas” de las multitudes emanado por entero del discurso de la llamada Web 2.0¹² y promovido *ad nauseam* por los *mass media*? Y, en términos generales, ¿por qué el núcleo duro del discurso de la era de la información se halla fundado sobre una suerte de «nihilismo darwinista» (Diéguez, 2009) que, cada vez más cómodo con el transhumanismo (cf. Huxley, 1957), promueve un binomio de *metal and flesh* (cf. Dyens, 2001) que escamotea la vida propiamente humana?

Como se puede apreciar, dichos interrogantes —y varios otros que, por falta de espacio, aquí no se mencionan— se encuentran estrechamente vinculados no sólo con la

¹² Yochai Benkler, profesor de la Universidad de Yale, planteó las cosas en términos bastante menos halagüeños cuando, valiéndose del inconfundible tono de la *realpolitik*, dijo que la cuestión fundamental de la Web 2.0 es hallar la forma más adecuada «[...] to manage the marriage of money and nonmoney without making nonmoney feel like a sucker. [...]» (Yochai Benkler; citado en Scholz, 2008)

Bibliotecología sino, con mucha más razón aún, con la Ciencia de la Información. En efecto, si existe una íntima relación entre los presupuestos de la primera y el humanismo, se da también, indudablemente, una relación no menos íntima entre los presupuestos de la segunda y el post-humanismo (cf. Rodríguez, 2010). En tal sentido, la Ciencia de la Información se presentaría como una suerte de estado *post-bibliotecológico* en el que el cuerpo de la biblioteca se hallaría destinado a disolverse y a dejar de ser. Seguramente se deba a esto último la lucha que se manifiesta a nivel de la taxonomía curricular académica en las formas “Bibliotecología y Ciencia de la Información” y “Bibliotecología / Ciencia de la Información”, las cuales no son en lo absoluto intercambiables. Se trataría, en definitiva, de una *struggle for life*, de una cruel lucha por la vida que condena a los bibliotecarios a la “cadena perpetua” del *lifelong learning*, concepto surgido del laboratorio ideológico de la Unesco (cf. Faure et al., 1973; Iserbyt, 1999; Medel-Añónuevo, Ohsako y Mauch, 2001) y cuyo alcance, una vez aplicado el mismo convenientemente, ha sido perfectamente definido por alguien apelando a una aliteración digna de John Donne: *from womb to tomb*...

Mientras tanto, quienes se encargan de la planificación para la administración biopolítica de la sociedad global de la información —y esto, claro, «desde el vientre hasta la tumba»— no parecen pensar demasiado en estas y en otras cuestiones o, para decirlo con mayor propiedad, no parecen pensar en ellas desde el punto de vista de los miles de millones de seres humanos cuyas vidas administran. Es así, entonces, que ninguna sociología de la Internet se ocupa demasiado de hechos tales como que los llamados «nativos digitales» (Prensky, 2001) demuestren un desinterés *casi perruno* por conservar su privacidad cuando navegan en la Web, compartiendo así su información más íntima «[...] not only with their acquaintances but also [with] the companies who interpret much of this data. [...]» (Scholz, 2008). Lo cual conduce muy naturalmente a pensar que «[...] with these firms (and possibly government bodies) as daily confidantes, latent possibilities for total control have opened up.» (*ibid.*). De manera que no sería de sorprenderse si, dentro de algunos años —acaso menos de los que podría imaginarse—, los nativos digitales terminasen siendo *no tanto sujetos como objetos de lectura* a través del panóptico digital global que se halla en plena construcción desde hace algunos años. Es precisamente esto lo que dice Sloterdijk: la lectura es poder cuando implica selección (Sloterdijk, 2000: 68). Este poder es algo que muchos humanistas han conocido por propia experiencia y que ahora deben relegar en pos de, entre otros, aquellos que pueden leer y escribir los códigos informáticos, a los cuales Levis (2009: 233-4) llama con toda propiedad los *nuevos escribas*.

La sociología de la Internet tampoco se detiene demasiado en hechos tan cotidianos y al mismo tiempo tan monstruosos desde un punto de vista psicosocial como el que no hace mucho ponía de relieve en un artículo publicado en su blog un profesor de filosofía y escritor norteamericano, al observar lacónicamente: «[...] our work machines and our porn machines are now *the same machines*.»¹³ Así, como si fuesen animales enjaulados —los cuales se ven obligados a circunscribir todas las áreas de sus actividades

¹³ Justin Erik Halldór Smith, «On the Internet». En *Justin Erik Halldór Smith* (blog), 3 de enero de 2011. <<http://www.jehsmith.com/1/2011/01/on-the-internet.html>> [Consulta: 27 julio 2011] El comentario fue inspirado por un editorial de la publicación *n+1* titulado «The Porn Machine» (no. 5, 14 de febrero de 2007), cuya versión en línea se encuentra en <<http://nplusonemag.com/porn-machine>> [Consulta: 27 julio 2011].

al espacio de su jaula— los hombres, atados por su trabajo a las computadoras, son finalmente alentados, sin demasiada sutileza, a abrazar un amasijo de la razón instrumental con la libido, aberración cuyo antecedente podría acaso descubrirse en la paulatina rehabilitación occidental del Marqués de Sade operada desde comienzos del siglo XIX (cf. Shattuck, 1998: 275-359).

He ahí por qué, entre otras cosas, la Bibliotecología y sus disciplinas afines se deben una lectura y una reflexión en torno a las *Normas para el parque humano* de Sloterdijk. En tal sentido, la acumulación de horrores aquí presente no es sino la necesaria consecuencia de una puesta al día harto aplazada respecto de un texto de enorme relevancia para el presente y, sobre todo, para el futuro de tales disciplinas. Y es que, para Sloterdijk (2000: 84-5), frente a la realidad de la sociedad de la información y en tanto que subproducto del humanismo liberal, los bibliotecarios, en el mejor de los casos, están condenados a transformarse en archiveros en un futuro próximo y, en el peor, *ya lo son en el presente*. Y esto, no en virtud de una migración documental del soporte papel al soporte digital, o del formato libro a la pantalla de una computadora, sino debido a que en las actuales circunstancias hay cada vez menos personas que pueden comprender los documentos y que, por ende, querrían alguna vez leerlos. Tal como concluyen las *Normas para el parque humano*: «[...] Entre los pocos que todavía se dan alguna vuelta por esos archivos, se impone la opinión de que nuestra vida es la confusa respuesta a preguntas que hemos olvidado dónde fueron planteadas.» (*ibid.*: 85)

Esta lúgubre y burocrática imagen de los archivos con la que Sloterdijk concluye la que fuera su ponencia en 1999 remite directamente a la cuestión de la dependencia institucional en la que los bibliotecarios y los bibliotecólogos se encuentran inmersos. En tal sentido, no es en lo absoluto casual que en un artículo que aborda la cuestión de la *filosofía bibliotecaria* se diga que «[m]ás que ninguna otra profesión, excepción hecha del derecho, la profesión bibliotecaria depende de las fuerzas culturales, políticas y sociales prevalecientes. [...]» (King, Baker y Pastine; 2000: 28). Definitivamente, esta enorme dependencia cultural, social y sobre todo política de los bibliotecarios los ubica hoy insalvablemente, junto con los usuarios a los que aún se imaginan servir fielmente —y, desde luego, junto con el resto de la humanidad—, en el *círculo de los recitadores de la Ley*... Sin duda, uno de los tantos mandatos de esta Ley global que la profesión bibliotecaria debe hoy acatar ya ha sido mencionado más arriba. Si hubiese que formularlo ahora en los términos en los que lo hacen los animales “humanizados” de *La isla del Dr. Moreau*, quedaría expresado más o menos así: “Promover la *diversidad en la unidad* y la *unidad en la diversidad*; ésa es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres?” ¿Podría ser una conciencia lacerante de esta apabullante dependencia —de esta auténtica *circumstantia odiosa*— la que ha llevado a la comunidad bibliotecológica mundial a ignorar enteramente un texto tan relevante para ella como es el de Sloterdijk?

Por cierto que el binomio *diversidad/unidad* también se halla presente en la novela de Wells. La primera estaría encarnada por las criaturas que pueblan la isla: he ahí al hombre-simio, a la hiena-cerdo, al rinoceronte-buey, a la mujer-pantera, etc. El propio Wells transpone hacia el final de su relato, con la cruda mirada de un entomólogo, la cuestión de esta “diversidad” insular al bullicioso espacio urbano de la Londres de sus días —aún al de sus templos y al de sus *bibliotecas*— y hace decir a Prendrick, el narrador protagonista que ha abandonado la isla: «[...] Then I would turn aside into some chapel, and even there [...] it seemed that the preacher gibbered “Big Thinks”, even as

the Ape-man had done; or into some library, and there the intent faces over the books seemed but patient creatures waiting for prey. [...]» (Wells, 1896: 247) En cuanto a la unidad, esta se encuentra allí garantizada por la perpetua recitación de la Ley a fin de evitar el castigo que implica ser llevado nuevamente a la Casa del Dolor, esto es, al laboratorio de vivisección del Dr. Moreau del cual han salido todas aquellas desdichadas criaturas. Y aunque por razones obvias Wells no haya podido trasponer metafóricamente aquella Casa del Dolor al espacio global del siglo XXI, ¿acaso no estaría ésta representada hoy en su máxima expresión por sitios como Gaza, Abu Ghraib y Guantánamo, auténticos monumentos a la *nuda vida*, tales como en su momento lo fueran Auschwitz, Hiroshima y los *gulags* estalinistas?

Al comienzo del presente artículo se sugería que Chestov se sobrepuso al *cuchillo en la carne* que para él había supuesto su primera lectura de Nietzsche gracias a su apuesta por un pensamiento propio que llegase a integrar y a superar satisfactoriamente aquel «pensamiento espantoso, cruel» presente en la *Genealogía de la moral*. En el mismo sentido, si los bibliotecólogos y los teóricos que les son afines lograsen reponerse de la puñalada fatal asestada por Sloterdijk al humanismo librario en sus *Normas para el parque humano*, si pudiesen sacudirse esa apenas disimulada aura de ciego servilismo que, posada sobre sus cabezas, los sigue a todas partes y lograsen, al mismo tiempo, iniciar un camino de reflexión verdaderamente propia, completamente por fuera de las instituciones que los cobijan, ¿qué líneas de investigación podrían seguir, y qué objeto de estudio habrían de adoptar?

Acaso no estaría mal si comenzasen por un serio y exhaustivo análisis del género *ciencia ficción* —en una perspectiva tanto histórica como protohistórica— asumiendo como hipótesis de trabajo el uso que el poder habría hecho del mismo desde todos los frentes posibles a fin de instrumentar una *ingeniería psicosocial de revisión permanente* que amortiguase las enormes crisis sociales (cf. Sontag, 1965; Capanna, 1966) que suponen el pasaje del paradigma humanista al post-humanista y de la política a la biopolítica. Un análisis de dicho género incluiría también el de la relación de toda literatura prospectiva con aquello que Marvin Harris ha llamado «ciencia lúgubre», relación que se cumple con creces, por ejemplo, en gran parte de la obra de Bertrand Russell (cf. 1954 [1931] y 1968 [1951]) y cuya génesis acaso se halle en el propio H. G. Wells (1902 y 1913 [1902]). Esto último haría del análisis propuesto algo especialmente relevante para las ciencias de la información en la medida en que Wells ha sido también uno de los precursores de la idea que hoy se encuentra cristalizada en la Internet y en la World Wide Web, motivo por el cual sus escritos han adquirido, en estos últimos tiempos, un cierto interés dentro de dicho campo (cf. Boyd Rayward, 1999).

Desde luego, para que un tal análisis resultase fructífero, quienes lo emprendieran deberían, sin duda, ejercitarse también en el *arte de leer entre líneas* prescripto en su momento por Leo Strauss (1988 [1952]). En efecto, la escritura entre líneas no sólo suele practicarse desde la posición del “acosado” y el “perseguido”, sino también desde la de quienes, posicionados en el corazón del poder, traman cosas que por su misma naturaleza resultan *inconfesables*. Esta última forma de escritura y de lectura se correspondería, de hecho, con aquel derivado esotérico del alfabetismo humanista al que Sloterdijk califica de «fantástico e inmodesto» (Sloterdijk, 2000: 24), que, más que su derivado, acaso podría ser más bien su *sancta sanctorum*. Lo cierto es que, de no tomar tales recaudos metodológicos al momento de realizar la investigación aquí sugerida, los resulta-

dos podrían ser más bien pobres y derivar tan sólo en el terreno de lo anecdótico, algo de lo que ciertamente hay ya alguna que otra muestra (cf. Pennavaria, 2002).

Algo, en todo caso, es seguro: si los profesionales de la bibliotecología no encuentran pronto la manera de abocarse a reflexionar muy seriamente sobre el futuro ético y político de su profesión tal como lo auguran las *Normas para el parque humano* tan crudamente delineadas por Peter Sloterdijk, deberán —en un nivel comunitario no menos que en uno individual— abrazarse con todo el fervor que su situación exige a aquella frase de Gottfried Benn (citado en Sloterdijk, 2003 [1983]: 42) en la que aquel viera el no va más de la fórmula moderna del cinismo: «SER TONTO Y TENER TRABAJO, HE AHÍ LA FELICIDAD»...

CAMILO FRANCO
Buenos Aires, mayo de 2012

Referencias bibliográficas

- Abraham, Carlos. 2005. *Borges y la ciencia ficción*. Buenos Aires: Quadrata. 159 p.
- Agamben, Giorgio. 1998. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida I*. Valencia: Pre-textos. 268 p.
- Bennett, Benjamin. 2008. *The dark side of literacy*. New York: Fordham University Press. ix, 347 p.
- Borges, Jorge Luis. 1998 [1952]. El primer Wells. En *Otras inquisiciones*. Madrid: Alianza, p. 135-140.
- Capanna, Pablo. 1966. *El sentido de la ciencia ficción*. Buenos Aires: Columba. 272 p.
- Capanna, Pablo. 2007. *Ciencia ficción, utopía y mercado*. Buenos Aires: Cántaro. 295 p.
- Carr, Nicholas. 2008. Is Google making us stupid? En *The Atlantic*. Julio/agosto (en línea). <<http://www.theatlantic.com/magazine/archive/2008/07/is-google-making-us-stupid/6868/>> [Consulta: 15 mayo 2011]
- Carr, Nicholas. 2011. *Superficiales*. Buenos Aires: Taurus. 340 p.
- Carrión Castro, Julio César. 2006. *La animalización integral del hombre*. Ibagué (Colombia): [s. n.]. 108 p.

- Dawkins, Richard. 2006 [1976]. *The selfish gene*. New York: Oxford University Press. xxiii, 359 p.
- Diéguez, Antonio. 2009. Reseña de *La darwinización del mundo*. En *Teorema*. Vol. 28, no. 2, p. 215-221. <[http://webpersonal.uma.es/de/dieguez/hipervpdf/NIHILISMO DARWINISTA.pdf](http://webpersonal.uma.es/de/dieguez/hipervpdf/NIHILISMO%20DARWINISTA.pdf)> [Consulta: 13 noviembre 2011]
- Dyens, Olivier. 2001. *Metal and flesh*. Cambridge, Mss.: MIT Press. xiv, 120 p.
- Ellul, Jacques. 1973 [1962]. *Propaganda*. New York: Vintage. xxii, 320, vii p.
- Faure, Edgar et al. 1973. *Aprender a ser*. París; Madrid: Unesco; Alianza. 426 p. <<http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001329/132984sb.pdf>> [Consulta: 7 agosto 2009]
- Foucault, Michel. 2004 [1970]. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets. 76 p.
- Foucault, Michel. 2006. *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 484 p.
- García Calvo, Pedro. 2005. *El enigma de la docilidad*. Barcelona: Virus. 126 p.
- Huxley, Julian. 1946. Unesco: its purpose and its philosophy. [London?]: Preparatory Commission of the United Nations Educational, Scientific and Cultural Organisation. 62 p. <unesdoc.unesco.org/images/0006/000681/068197eo.pdf> [Consulta: 14 octubre 2008]
- Huxley, Julian. 1957. Transhumanism. En *New bottles for new wine*. London: Chatto and Windus, p. 13-17.
- Iserbyt, Charlotte Thomson. 1999. *The deliberate dumbing down of America*. Ravenna, Ohio: Conscience Press. 1 v. (varias paginaciones) <<http://www.deliberatedumbingdown.com/MomsPDFs/DDDoA.sml.pdf>> [Consulta: 10 noviembre 2008]
- Jiménez Cruz, Sergio; Vidales Delgado, Ismael. 2011. *Valores democráticos, arte y utopía*. Monterrey (México): Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Nuevo León, Centro de Altos Estudios e Investigación Pedagógica. 118 p.
- King, David N.; Baker, Betsy K.; Pastine, Maureen. 2000. Hacia una filosofía para el servicio de consulta. En Bopp, Richard E.; Smith, Linda C., eds. *Introducción general al servicio de consulta*. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, p. 27-35.
- Kirby, David A. 2002. Are we not Men?: The horror of eugenics in *The Island of Doctor Moreau*. En *Paradoxa*. Nº 17, p. 93-108. <<http://manchester.academia.edu/David-Kirby>> [Consulta: 10 noviembre 2008]

- Kirby/Papers/111678/Are_We_Not_Men_The_Horror_of_Eugenics_in_The_Island_of_Dr._Moreau> [Consulta: 23 julio 2011]
- Kirby, David A. 2003a. Science advisors, representation, and Hollywood films. En *Molecular interventions*. Vol. 3, no. 2, marzo, p. 54-60. <<http://triggered.stanford.clockss.org/ServeContent?url=http%3A%2F%2Fmolinterv.aspetjournals.org%2Fcontent%2F3%2F2%2F54.full.pdf%2Bhtml>> [Consulta: 5 agosto 2011]
- Kirby, David A. 2003b. Science consultants, fictional films, and scientific practice. En *Social Studies of Science*. Vol. 33, no. 2, abril, p. 231-268. <<http://online.kitp.ucsb.edu/online/resident/ouellette4/pdf/0.pdf>> [Consulta: 10 agosto 2011]
- Kirby, David A. 2007. The Devil in our DNA: a brief history of eugenics in science fiction films. En *Literature and Medicine*. Vol. 26, no. 1, primavera, p. 83-108. <<http://www.davidakirby.com/26.1kirby.pdf>> [Consulta: 25 julio 2011]
- Levis, Diego. 2009. La pantalla ubicua (2ª ed.). Buenos Aires: La Crujía. 327 p.
- Lévy, Pierre. 1999. Collective intelligence: mankind's emerging world in cyberspace. New York: Perseus Books. 312 p.
- Lévy, Pierre. 2001. Cyberculture. Minneapolis, Minn.: University of Minnesota Press. xx, 259 p.
- Manguel, Alberto. 2002. «La lectura electrónica es casi contraria a la lectura misma» [En el bosque de la lectura, por Javier Rodríguez Marcos]. En *El País: Babelia*. Madrid, sábado 12 de enero de 2002 (en línea). <http://elpais.com/diario/2002/01/12/babelia/1010795950_850215.html> [Consulta: 20 abril 2012]
- Manguel, Alberto. 2005. Una historia de la lectura. Buenos Aires: Emecé. 373 p.
- Martos Núñez, Eloy. 2006. «Tunear» los libros: series, fanfictions, blogs y otras prácticas emergentes de lectura. En *OCNOS*. N° 2, p. 63-77. <<http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/2591/259120386004.pdf>> [Consulta: 8 mayo 2011]
- Mattelart, Armand. 2002. Historia de la sociedad de la información. Buenos Aires: Paidós, 187 p.
- Medel-Añonuevo, Carolyn; Ohsako, Toshio; Mauch, Werner. 2001. Revisiting lifelong learning for the 21st century. Hamburg: Unesco Institute for Education. 26 p. <http://www.paklife.net/nfer_library/Reports/4-68.pdf> [Consulta: 8 agosto 2009]
- Nietzsche, Friedrich. 1996 [1881]. Aurora. Madrid: Edaf. 424 p.
- Parada, Alejandro E. 2006. La historia de la lectura como laberinto y desmesura. En *Páginas de Guarda*. No. 1, otoño, p. 89-100.

- Parada, Alejandro E. 2009. Los infiernos tan temidos en la Bibliotecología / Ciencia de la Información. En *Información, cultura y sociedad*. No. 20, p. 5-12.
- Parada, Alejandro E. 2010. Una relectura del encuentro entre la Historia del Libro y la Historia de la Lectura. En *Información, cultura y sociedad*. No. 23, p. 91-115.
- Parunak, H. V.; Belding, T. C.; Hilscher, R.; Brueckner, S. 2009. Understanding Collective Cognitive Convergence. En David, Nuno; Sichman, Jaime Simão; ed. Multi-Agent-based Simulation International Workshop (9º: 2008: Estoril, Portugal). Berlin: Springer-Verlag, p. 46-59. <http://mabs2008.dcti.iscte.pt/revised_for_pre_proceedings/1Parunak.pdf> [Consulta: 30 marzo 2012]
- Pennavaria, Katherine. 2002. Representation of books and libraries in depictions of the future. En *Libraries & Culture*. Vol. 37, no. 3, verano, p. 229-248. <<http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/6483/2/Katherine%20Pennavaria.pdf>> [Consulta: 29 marzo 2012]
- Petrucci, Armando. 2011 [1997]. Leer por leer: un porvenir para la lectura. En Cavallo, Guglielmo; Chartier, Roger, coord. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Buenos Aires: Taurus, p. 425-451.
- Postman, Neil. 1984. Social Science as Theology. En *Et cetera*. Vol. 41, no. 1, primavera, p. 22-32. <http://neilpostman.org/articles/etc_41-1-postman.pdf> [Consulta: 7 abril 2011]
- Postman, Neil. 1987. *Amusing ourselves to death*. London: Methuen. 184 p.
- Prensky, Marc. 2001. Digital natives, digital immigrants. En *On the Horizon*. Vol. 9, no. 5. <<http://www.marcprensky.com/writing/prensky%20-%20digital%20natives,%20digital%20immigrants%20-%20part1.pdf>> [Consulta: 22 julio 2011]
- Rayward, W. Boyd. 1999. H. G. Wells' idea of a World Brain: a critical reassessment. En *Journal of the American Society for Information Science*. Vol. 50, no. 7, p. 557-573. <http://people.lis.illinois.edu/~wrayward/HGWellsideaofWB_JASIS.pdf> [Consulta: 8 octubre 2008]
- Rendón Rojas, Miguel Ángel. 2001. Un análisis del concepto *sociedad de la información* desde el enfoque histórico. *Información, cultura y sociedad*, no. 4, p. 9-22.
- Ringelheim, Juan Pablo. 2008. Peter Sloterdijk y la fuerza del destino. En *Artefacto*. Nº 9, diciembre, 7 p. (en línea). <http://www.revista-arteefacto.com.ar/pdf_textos/9.pdf> [Consulta: 12 octubre 2011]
- Rocha Barco, Teresa. 2000. La polémica de Sloterdijk. En Sloterdijk, Peter. *Normas para el parque humano*. Madrid: Siruela, p. 9-15.

- Rodríguez, Pablo Esteban. ¿Tiene sentido hablar de poshumanismo? Acerca de la relación entre teoría de la comunicación y biopolítica de la información. En *Galàxia*. No. 20, diciembre, p. 9-21. <<http://www.sumarios.org/sites/default/files/pdfs/3241.pdf>> [Consulta: 26 abril 2012]
- Rostenne, Paul. 1968. León Chestov. Buenos Aires: Columba. 92 p.
- Russell, Bertrand. 1954 [1931]. The scientific outlook. London: George Allen and Unwin. 268 p.
- Russell, Bertrand. 1968 [1953]. The impact of science on society. New York: AMS Press. 114 p.
- Scholz, Trebor. 2008. Market ideology and the Myths of Web 2.0. En *First Monday*. Vol. 13, no. 3, 3 de mayo de 2008 (en línea). <<http://firstmonday.org/htbin/cgiwrap/bin/ojs/index.php/fm/article/view/2138/194>> [Consulta: 26 julio 2011]
- Sebeok, Thomas. 1984. Communication measures to bridge ten millennia. Columbus, Ohio: Battelle Memorial Institute, Office of Nuclear Waste Isolation. 33 p. <<http://www.osti.gov/bridge/servlets/purl/6705990-CXADJt/6705990.pdf>> [Consulta: 19 junio 2011]
- Shattuck, Roger. 1998. Conocimiento prohibido. Madrid: Taurus. 440 p.
- Sloterdijk, Peter. 1994. En el mismo barco. Madrid: Siruela. 103 p.
- Sloterdijk, Peter. 2000. Normas para el parque humano. Madrid: Siruela. 92 p.
- Sloterdijk, Peter. 2003 [1983]. Crítica de la razón cínica. Madrid: Siruela. 786 p.
- Sontag, Susan. 1965. The imagination of disaster. En *Commentary*. Octubre, p. 42-48. <<http://www.mediafire.com/?o33v5kklc63533m>> [Consulta: 28 abril 2011]
- Strauss, Leo. 1988 [1952]. Persecution and the art of writing. Chicago, Ill.; London: University of Chicago Press. 204 p.
- Surowiecki, James. 2005. Cien mejor que uno. Barcelona: Urano. 348 p.
- Wells, H. G. 1896. The island of Doctor Moreau. New York: Stone and Kimball. 249 p.
- Wells, H. G. 1902. Anticipations of the reaction of mechanical and scientific progress upon human life and thought. London: Chapman and Hall. 318 p.
- Wells, H. G. 1913 [1902]. The discovery of the future. New York: B. W. Huebsch. 61 p.

Wiener, Norbert. 1965 [1948]. *Cybernetics* (2^a ed.). Cambridge, Mss.: MIT Press. xvi, 212 p.

Wiener, Norbert. 1964. *God and Golem, Inc.* Cambridge, Mss.: MIT Press. 95 p.